

Mendoza, 22 de marzo de 1991

Dra. Adriana Puiggriñó
BUENOS AIRES

Muy estimada amiga y colega:

Deseo expresarte mi agradecimiento por el envío de tu libro Sujeto, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino, que acabas de publicar, como asimismo el entusiasmo y el interés creciente con que lo he leído.

No creo equivocarme si digo que con él haces un aporte de indudable valor en la investigación de maestro pensando sobre una problemática que se proyecta hacia nuestros días y que únicamente con trabajos de esta índole alcanza toda su dramatización.

Por otra parte, es una respuesta a dos de las categorías que los llamados "post-modernos" de la mano de los "neo-liberales" han intentado anular, dentro de ese proyecto de desarme de las conciencias con el que pretenden hacer callar el reclamo de los pueblos, la de "sujeto" y la de "relato". Se trata, sin duda, no sólo de preguntarse acerca del "sujeto pedagógico", tal como lo vieron los normalistas de Paraná, sino como lo construyeron y quedó construido para nosotros. Nada más urgente que esa "recuperación de la categoría de sujeto" de la que hablás. No la vamos a alcanzar, por cierto, esperando que vengan los grandes maestros europeos de turno a decírnos como y qué hemos de pensar en este momento, sino a partir de un pensar ejercitado desde y dentro del marco de nuestra propia conflictividad, única manera de que nuestra teoría adquiera la fuerza de una praxis y sea nuestra. El hecho señalado a lo largo de todo tu libro, de la existencia de un discurso oficialista ("normalizador") y otro, alternativo ("democrático-popular") permite acercarnos a aquel proceso de construcción, dentro de su misma dramatización, tan fuerte y tan aguda en los orígenes como ahora.

Pero de este segundo discurso, han quedado nada más que "huellas" y "fragmentos", mientras que el otro ha alcanzado la forma del "relato". ¿Vamos a renunciar nosotros a la enunciación de nuestro relato, porque se haya puesto en duda la legitimidad de todo relato? No nos cabe la menor duda que lo que queda aquí es una recuperación categorial. Hemos de sostener la posibilidad misma de nuestro discurso con toda su carga de proyecto y hasta de utopía y desde allí hemos de desmontar al relato vigente, apoyándonos en las huellas y los fragmentos que restan de ese discurso tapado por las aguas oscuras de la "historia oficial". Ese relato perdido, que no creció en su momento plenamente, pero que todavía puede crecer, con su poder de denuncia o simplemente de negatividad, habrá de ayudarnos en la tarea permanente de la construcción del "sujeto pedagógico". Hace ya tiempo que hemos visto que el pensamiento latinoamericano, aquel que hemos de rescatar dentro de una filosofía liberadora, se muestra de manera "epiódica", como ha dicho Gramsci del discurso obrero y campesino, por lo mismo que no queda de sí nada más que "fragmentos". Nosotros habíamos

propuesto, por nuestra parte, reconstruir el filosofar latinoamericano, partiendo del supuesto de un proceso entrecortado, signado por sucesivos re-comienzos. Lógicamente que en ningún momento se nos ha pasado por las mientes que nos hemos de quedar en un "saber fragmentario" o en un "saber de resquicios", como pretenden los que, queriéndolo o no, han aceptado el vaciamiento de la conciencia social y se mueven dentro de la órbita que les han impuesto los post-modernos, o simplemente las conveniencias. Frente a todos ellos debemos tener la audacia de lanzarnos nuevamente a ejercer nuestro derecho al relato, es decir, a deconstruir y reconstruir nuestra "memoria histórica" y, por eso mismo, el discurso sobre nuestra identidad. En un momento en el que vivimos en el que pareciera que nos hubiéramos encontrado sin palabras que nos ayuden a expresar la honda de la crisis, tu libro viene a señalar caminos.

Surge de sus páginas una invitación para el rescate de un discurso alternativo, que no caiga en un aferramiento a un pasado por más nuestro que lo sintamos, que no se arme con lagares vanidosos, ni se deje desarmar por los post-modernos criollos y que parte de una noción muy clara de cómo se han de manejar las categorías. No se trata, como dices, de partir de categorías "definidas", sino de ir redefiniéndolas de un modo constante y a la par del ejercicio de la investigación.

Veo, entre los aportes de tu libro, que más que una clasificación y descripción de las formas discursivas de una época, hay una propuesta clara de mostración de las políticas discursivas. Siempre he pensado que una de las categorías del pensamiento social latinoamericano ha sido y es la del "olvido" que tiene sus trampas, entre ellas, el desconocimiento y la mitificación. Francisco Salazar, uno de nuestros grandes ideólogos que sintieron la necesidad de elaborar un discurso alternativo -que ajuntaba a desenmascarar entre otros, precisamente, a Barrientos- señala aquella categoría expresamente y la denuncia. El "olvido" implica el desconocimiento de un "sujeto pedagógico" dentro de las redes de un discurso político y su denuncia, tan fuerte y clara en otro de los grandes maestros, Simón Rodríguez, es la afirmación precisamente de vías alternativas, es decir, de las vías de otro sujeto histórico.

Volviendo a la exigencia de una redefinición permanente de nuestras propias categorías, se ha de decir, como surge de tu posición, que de ello depende la científicidad del discurso. Precisamente un discurso no científico se caracteriza por una cierta actitud ingenua -ingeniería propia de una mala conciencia- de acuerdo con la cual las categorías son constelaciones hechas y recibidas. Y esto es también una política, la peor y más repudiable de todas, porque precisamente su "científicidad" le está dada por un poder institucional que la otorga y no porque surja de la injuria misma de la realidad.

Por otra parte, desde el punto de vista de una historia de las ideas, tu libro aporta una valiosa hipótesis acerca de la naturaleza de los "espiritualismos" y, en particular, del krausismo tal como se dio entre nosotros. Si me tocó iniciar la historia de ese movimiento ideológico, tu libro se pone más allá y apunta a mostrarnos el fenómeno en su funcionamiento social. El rescate de Carlos N. Vergara como uno de nuestros más grandes pedagogos, cuya figura hace de centro en tu estudio, constituye un verdadero acto de justicia y una valiente denuncia del "olvido". ¡Será pedante que recuerde las palabras con las que cerré mi libro sobre el krausismo en la Argentina, en las que sentí la necesidad de afirmar que había una "ya antigua tradición pedagógica" entre nosotros -justamente la de Vergara- "de la cual dependemos íntegramente y sobre cuya base -decía- se habrá de elaborar la pedagogía de mañana en cuan-

//te pedagogía para la libertad y la solidaridad humana?"

Mas, volvamos a la cuestión de los "espiritualismos". No cabe duda que ya no se puede afirmar que esas ideologías o concepciones del mundo, sean retrógradas por naturaleza. Eso sería desconocer que así como en el campo de la lingüística se afirma que el valor de una palabra depende de su relación sintagmática y paradigmática, otro tanto hemos de decir, análogamente, de las ideas. La fe en una divinidad puede ser utilizada para oprimir y, por lo general, así ha sido, pero también para liberar. La religiosidad de Carlos Vergara era un arma en este último sentido. Y todavía mucho más de lo que podría surgir de nuestra polémica con los neokrausistas argentinos, por cuanto según lo que nos muestran, Vergara, el gran intuitivo, habría percibido sus propios límites.

No cabe duda que esa nueva lectura de los "espiritualismos" fue posible en la medida en que se produjo la conjunción con categorías y sobre todo metodologías provenientes del saber de sospecha, en este caso, el marxismo. Tal vez el ejemplo más interesante haya sido, antes que el de la Teología de la liberación, el de la asimilación del espiritualismo de José Martí, primero en la lucha revolucionaria y luego en la tarea de los teóricos cubanos -piénsese, por ejemplo, en Cintio Vitier- estuvieran o no acordes con la ubicación del héroe dentro del krausismo. Por otra parte, bueno es recordar la dolorosa experiencia que Martí tuvo de esta cuestión de los "límites del discurso progresista" durante la Primera República Española, en la que sus dirigentes, krausistas muchos de ellos, no renunciaron al colonialismo y pusieron en juego lo que el propio Martí denominó "la tiranía de la libertad".

Hablar de "límites" -dejando de lado los casos anteriormente señalados- impone, pues, poner en duda, como dice acertadamente "la capacidad transformadora de los espiritualismos y sacar de las sombras lo que el krausismo impide mediante un discurso aperturista del cambio social". En otras palabras, implica el señalamiento de una congruencia entre posiciones "progresistas" y actos represivos -a veces ciertamente atroces- que desde otra perspectiva son presentados como "extraños" al sistema y no como consecuencia de haber traspasado sus "límites".

Por cierto que a los neokrausistas, tanto a los nacetros como a los uruguayos -y, tal vez, más a estos últimos que han llegado a establecer una continuidad ideológica entre el krausismo y la filosofía reaccionaria de Karl Popper- les ha de sonar poco agradable la importante cuestión que dejó plantada y que en verdad es digna de pensarla y muy seriamente. "¿Serán los límites del espiritualismo -preguntas- un síntoma de los límites del nacionalismo popular y del nacionalismo democrático en la Argentina? No carece de importancia -dices luego- el hecho de la presencia de elementos espiritualistas tanto en el yrigoyenismo como en el peronismo". Creo que por primera vez se establece esta posible relación, como asimismo se señala el equivalente que hay entre el "espiritualismo krausista" y el "espiritualismo católico" peronista. Con justa razón aclaras luego que ese planteo, hecho para la Argentina, puede hacérselo extensivo al Santinismo de los años 20, a la ideología de los inicios de la Revolución Mexicana y, por mi parte, agregaría, el "espiritualismo" batillista.

Megresando a la figura de Carlos Norberto Vergara, si bien es cierto que fue Tedesco quien por primera vez destacó el papel histórico que jugó frente a otros pedagogos de su época, tal el caso de Víctor Mercante, has salido señalar que no sólo fue eso el pedagogo mendocino, sino que es posible ver en él un "síntoma". Es, en efecto, el síntoma de la existencia de ese doble

discurso en que se divide el universo discursivo de la época a propósito del problema del "sujeto educativo". Y no es él el único y de ahí su importancia en cuanto síntoma. Es una tradición, una línea de combate, más o menos explícita, entre lo "normalizador" y lo "alternativo", entre formas discursivas opresoras y formas liberadoras. Descubrir a Vergara es descubrir toda una anti-tradición, una línea discursiva protestataria. Pero es también mostrar las sinuosidades de las formas discursivas en cuanto que más de una vez -y esto también lo dejas claramente planteado- el antidiscurso no es tal, pues, se topa -y esto de modo típico en los espiritualismos racionalistas del siglo XIX- con un trasfondo de ahistoricidad y, por eso mismo, negador de la propia movilidad discursiva. Y nuestro admirado Vergara no escapa a esto.

También no parece que responde a una política de rescate categorial desde lo nuestro, el modo como aparecen incorporados en tu trabajo investigativo, temas tales como el de la "microfísica del poder" foucaultiano. Esta doctrina, descontada la genialidad de su autor, se encuentra montada sobre un rechazo de la categoría misma de sujeto -en el evidente esfuerzo por quebrar la noción de "clase social" utilizada de modo dogmático- que lleva a la imposibilidad, si se es consecuente con la tesis, de hablar de "sujeto pedagógico", por la multiplicación al infinito de los juegos de poder y en tal sentido su atomización. Indudablemente que no es esa tu lectura.

Te diré, ya para concluir, que aquí en Mendoza se mantuvo el recuerdo de Vergara y que ha tenido siempre sus admiradores y partidarios. Te envío algunos documentos de época que lo prueban. De entre los últimos vergarianos debo mencionarte al Prof. Adolfo Atencio quien nos hablaba del "Loco de Mercedes" cuando éramos chiquillos de la Escuela Normal. Pero también fueron vergarianos, en una línea combativa y radical, un viejo y querido amigo, fallecido hace años, el Prof. Néstor Lemos y, por supuesto, aquella heroica maestra tan duramente perseguida por la oligarquía local, junto con la curia, que la Profesora Florencia Fossatti. De Néstor te envío unas palabras que él me dictó alguna vez y que muestran los estrechos contactos que ha habido por lo menos en Mendoza, entre las ideas de Vergara y el movimiento de la Escuela Nueva. De paso te diré que el Doctor Justo Garate, uno de los últimos exiliados de la Guerra Civil Española y profesor en nuestra Facultad de Medicina durante muchas años, de claro espíritu "institucionista", me decía y aseguraba que Decroly había sido un belga krausista.

El movimiento pedagógico renovador mendocino de los años 1929-1930 nucleado en un Centro de Estudios Pedagógicos "Nueva Era", que se expresó a través de la revista Ensayos, se oponía -nos decía Néstor Lemos- a la pedagogía positivista individualista que había imperado hasta entonces, de Víctor Mercante y Rodolfo Senet. Coincidíamos en la necesidad de tener una pedagogía de base psicológica y biológica, pero no aceptábamos el cientificismo y el individualismo en que había desembocado el viejo pestalozzismo de Paraná. El símbolo de las dos tendencias encontradas, lo vefamos en el banco individual, para cada niño, y en la mesa en la que se sientan varios chiquillos integrando pequeñas comunidades de trabajo con iniciativa propia. Los miembros de "Nueva Era" fuimos acusados de "extranjerizantes" por los pedagogos positivistas, tal el caso de Ernesto Bavio para quien los principios de la nueva pedagogía ya habían sido anticipados desde la pedagogía positivista y como "escuela nacional". Descubrimos entonces a Carlos N. Vergara y su idea de libertad del niño y vimos que la "Escuela activa" había sido preconizada por él. Se produjo en cierto sentido una especie de reconocimiento de Vergara considerado por nosotros como un pedagogo tan grande como Tolstoi y Rabindranath Tagore.

pág. 5.-

//re. Algunos de los que militábamos en el grupo entendímos que el mensaje de Carlos Vergara anticipaba una pedagogía de tipo socialista, a la vez que científica, tal el caso mío y el de Florencia Fossatti. Por su parte, los demás compañeros aun cuando se desplazaron hacia formas de idealismo pedagógico, ninguno se consideró ya como "positivista". Nuestras militancias políticas incidieron en la disolución de "Nueva Era", pero de todos modos la figura de Vergara quedó en pie para todos" (Mendoza, julio de 1963).

Tales las palabras de nuestro amigo que te transcribo de uno de mis cuadernos de apuntes.

Te adjunto además fotocopia de correspondencia cruzada con tu papá en aquellas duras épocas de los "niños crueles", y algunas cosas más. Con abrazo para ti y para Jorge, me despido afectuosamente,

—
Ric
—